

## Capítulo primero

### CÓMO INTRODUCIRSE EN LA COMPRENSIÓN DE LA IGLESIA

#### *1. Un presupuesto fundamental*

La Iglesia no sólo es expresión de vida, algo que nace de la vida, sino que *es* una vida. Una vida que nos llega desde muchos siglos anteriores a nosotros. Quien quiera comprobar la veracidad de su opinión sobre la Iglesia ha de tener presente que para comprender realmente una vida, como es el caso, se necesita convivir con ella adecuadamente.

La comprensión de una realidad que de algún modo vaya unida a la vida exige un tiempo que difícilmente puede calcularse. En una realidad que sea fuente de vida se dan connotaciones y aspectos que nunca se acaban de descubrir y ponderar.

Una *conditio sine qua non* para comprender la vida es la *convivencia* con ella. Normalmente se siente la tentación de poner un límite, un plazo previamente establecido o decidido en un momento determinado por el individuo. Para escapar de esta tendencia a limitar hay que tener una especial sencillez o lealtad. De lo contrario se obstaculiza la posibilidad de obtener un juicio crítico sobre esa forma de vida y se hace imposible alcanzar un mínimo de objetividad.

#### *2. Sintonía con el fenómeno*

Sea cual sea la postura de quien quiera abordarla, la Iglesia es una realidad que hay que catalogar entre los fenómenos religio-

## Por qué la Iglesia

sos. Algunos pueden juzgarla como un fenómeno religioso adulterado o adulterante, de escaso interés, y otros en cambio pueden dar por descontada su validez, pero creo que en ningún caso se puede escapar al hecho de tener que catalogar a la Iglesia como una realidad religiosa. Y esto es precisamente lo que propongo considerar ante todo.

La Iglesia es «vida» religiosa.

Un psicólogo y filósofo alemán, Johannes Lindworsky, afirmaba que la primera condición para cualquier educación, esto es, para transmitir una capacidad de entrar en la realidad, es que los pasos del individuo que se introduce en lo real estén siempre motivados por algo que se apoye en una experiencia ya asimilada por él<sup>1</sup>. El hombre, en definitiva, sólo descubre aquello que de algún modo está en conexión con algo previamente *presente* en él. Digo «de algún modo» justamente porque los contactos, los encuentros, la trama de relaciones externas reclaman de la interioridad, de lo implícito en el individuo, una realización más abierta y más evolucionada. La trama de relaciones actúa y configura nuestra fisonomía de una manera cada vez más plena, en cuanto que evoca una realidad presente en nosotros como a través de una sintonía.

Dado que la Iglesia es una realidad religiosa, en la medida en que el aspecto religioso no esté activado en mí o se haya quedado en la infancia, en esa medida será más difícil que pueda juzgar objetiva y críticamente ese hecho religioso. Si abordamos, por ejemplo, a un gran poeta del pasado, como Dante Alighieri o Shakespeare, enseguida vibramos ante aquellas páginas cuyas que expresan sentimientos que viven hoy en nosotros todavía, y las comprendemos más fácilmente. En cambio, los pasajes en los que el poeta se refiere a mentalidades o prácticas de la época en que vivió, precisamente por su contingencia efímera, por su valor puramente momentáneo, se nos hacen muy difíciles de entender. Para que se produzca la comprensión tiene que haber correspondencia.

Es explicable, pues, que en la situación en que estamos todos nosotros, en el ambiente mental contemporáneo tengamos difi-

---

<sup>1</sup> J. Lindworsky, *Willenschule*, F. Schöning, Paderborn 1922.

## Cómo introducirse en la comprensión de la Iglesia

cultades para afrontar una realidad de tipo religioso. La ausencia de una educación del sentido religioso nos lleva muy fácilmente a sentir como lejanas de nosotros realidades que están, sin embargo, enraizadas en nuestra carne y nuestro espíritu. Por el contrario, la presencia viva del espíritu religioso hace más fácil e inmediata la comprensión de los términos de una realidad como la Iglesia.

En esta situación, la primera dificultad para tratar de la Iglesia es una dificultad de inteligencia, es la fatiga que causa la falta de disposición del sujeto respecto al objeto que tiene que juzgar: una dificultad de comprensión causada por un estado anquilosado del sentido religioso.

Durante una conversación en la que me vi implicado, un importante profesor universitario dejó escapar esta frase: «¡Si no tuviese la química, me mataría!». Algo parecido ocurre siempre en nuestra dinámica interior, aunque no se explicita. Siempre hay algo que hace que la vida sea a nuestros ojos digna de ser vivida, sin lo cual, aunque no llegáramos a desearnos la muerte, todo resultaría insípido y decepcionante. A ese «algo», sea lo que sea, sin necesidad de que esté teorizado o expresado en un sistema mental —pues puede estar implícito en una banalísima práctica de la vida—, le dedica siempre el hombre toda su devoción. Nadie puede evitar alguna implicación final: cualquiera que ésta sea, desde el momento en que la conciencia humana le corresponde al vivir, lo que está expresando es una religiosidad, un nivel de religiosidad que se está realizando<sup>2</sup>. El sentido religioso tiene la característica propia de ser la dimensión última e inevitable de cualquier gesto, de cualquier acción, de cualquier tipo de relación. Es un nivel de invocación o de adhesión última que no puede extirparse de ningún instante de la vida, ya que la profundidad de esa demanda de significado se refleja en cada una de nuestras pasiones, iniciativas y gestos.

Está claro, pues, que si hubiera algo que escapara a lo que estamos identificando con lo *último*, con ese «dios» —sea cual sea

---

<sup>2</sup> Cf. L. Giussani, *El sentido religioso. Curso básico de Cristianismo*, vol. 1, pp. 86-88, Ed. Encuentro, Madrid 1998.

## Por qué la Iglesia

el modo en que se entienda—, éste ya no sería lo *último*, el «dios», pues querría decir que hay algo más profundo dentro de nuestro modo de obrar y que es de eso de lo que en realidad somos devotos. La ausencia de educación del sentido religioso que antes denunciaba se ve precisamente en esto: en que hay en nosotros una repugnancia, que se ha hecho instintiva, a que el sentido religioso domine y determine conscientemente nuestros actos.

Aquí está precisamente el síntoma de la atrofia y la parcialidad en el desarrollo de nuestro sentido religioso: esa dificultad grave y muy extendida, esa extrañeza que advertimos cuando sentimos decir que el «dios» es el determinante de todo, el factor al que no se puede escapar, el criterio con el que se elige, se estudia, se termina el producto de nuestro trabajo, se afilia a un partido, se investiga científicamente, se busca mujer o marido, se gobierna una nación. La educación del sentido religioso debería, por un lado, favorecer la toma de conciencia de ese dato de la inevitable y total dependencia que hay entre el hombre y lo que da sentido a su vida y, por otro, ayudarle a vencer con el tiempo esa extrañeza irreal que experimenta frente a su condición original.

### *3. La originalidad del cristianismo bien enfocada*

Este tema del sentido religioso es importante para entender la originalidad del cristianismo, que es precisamente la respuesta al sentido religioso del hombre a través de Cristo y la Iglesia. El cristianismo es una solución al problema religioso, y la Iglesia es un instrumento para esto, mientras que *no* lo es a los problemas políticos, sociales o económicos.

Los errores más graves en cualquier trayectoria del hombre siempre tienen su origen en la raíz de la cuestión. Por eso, al llegar a la última etapa de nuestro Curso básico<sup>3</sup>, he querido volver

---

<sup>3</sup> Los dos primeros volúmenes del Curso básico son: *El sentido religioso*, op. cit.; y *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ed. Encuentro, Madrid 2001.

## Cómo introducirse en la comprensión de la Iglesia

al punto de partida de nuestra reflexión; punto de partida que, si no está educado, es una trampa a cada paso del camino, mientras que, si está educado, es un fermento insustituible para que progrese razonablemente el espíritu humano.

Recordando la observación de Lindworsky<sup>4</sup>, diríamos que vivir la solución propuesta por el cristianismo al problema religioso implica que éste se sienta tan vivamente que el hombre siempre esté presto a sorprender la eventual correspondencia que haya entre la mente y el corazón con el contenido propuesto, sin la cual cualquier adhesión no es sino ideología. Tal correspondencia —insisto— se manifiesta dentro de un sentido religioso vivo, y por consiguiente sólo se fomenta mediante una educación permanente de ese sentido religioso.

Pues en el sentido religioso es donde nace la hipótesis de que el misterio que envuelve a todas las cosas y que las atraviesa se manifieste al hombre. El anuncio cristiano es que esa hipótesis se ha verificado<sup>5</sup>: el misterio se ha convertido en hecho histórico, un hombre se ha llamado Dios.

Aquí es donde comienza a perfilarse el problema que nos interesa.

### 4. El corazón del problema Iglesia

Quien se enfrenta con el hecho de Jesucristo, sea un día después de su desaparición del horizonte terreno, o bien un mes después, o cien, mil o dos mil años después, ¿cómo puede ponerse en condiciones de saber si Él responde a la verdad que pretende ser? Es decir, ¿cómo puede uno llegar a comprender si realmente Jesús de Nazaret es el acontecimiento que encarna la hipótesis de la revelación en sentido estricto?

Este problema es el corazón de lo que históricamente se llama «Iglesia».

<sup>4</sup> Vid. nota 1 del presente capítulo.

<sup>5</sup> Cf. al respecto L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., en particular el capítulo 3, pp. 37-45.

## Por qué la Iglesia

La palabra «Iglesia» indica un fenómeno histórico cuyo único significado consiste en que constituye para el hombre la posibilidad de alcanzar la certeza sobre Cristo, en ser en definitiva la respuesta a esta pregunta: «Dado que yo llego el día después de que Cristo se haya marchado, ¿cómo puedo saber si realmente se trata de Algo que me interesa más que nada, y cómo puedo saberlo con razonable seguridad?». Ya hemos advertido que es imposible imaginar un problema más grave que éste para el ser humano, cualquiera que sea la respuesta que se dé a esa pregunta<sup>6</sup>. A cualquier hombre que entre en contacto con el anuncio cristiano le resulta imperativo intentar llegar a una certeza respecto a un problema tan decisivo para su vida y la del mundo. Se puede, obviamente, censurar el problema pero, dada la naturaleza de la pregunta, censurarlo es como responder a ella negativamente.

Es importante, pues, que ahora quien viene después —e incluso mucho tiempo después— del acontecimiento de Jesús de Nazaret lo aborde de modo que pueda llegar a obtener una valoración razonable y cierta, adecuada a la gravedad del problema. La Iglesia se presenta como una respuesta a esa exigencia de una valoración cierta. Este es el tema que nos disponemos a abordar. Pero tal propósito presupone la seriedad de la pregunta: «¿Quién es realmente Cristo?», esto es, presupone un compromiso moral en el uso de la conciencia ante el hecho histórico del anuncio cristiano. Y eso a su vez presupone una seriedad moral en la vida del sentido religioso como tal.

Si, por el contrario, no estamos comprometidos con ese aspecto inevitable y omnipresente de la existencia que es el sentido religioso, si ante el hecho histórico de Cristo pensamos que se puede no adoptar una postura personal, entonces la Iglesia sólo podrá interesarnos de una manera reductiva: como problema sociológico, político o asociativo, para combatirla o defenderla con referencia a estos aspectos.

¡Qué degradación para la razón quedar descalificada precisamente en lo que hace más humana y más completa su capacidad

---

<sup>6</sup> Ib.

### Cómo introducirse en la comprensión de la Iglesia

de descubrir y establecer conexiones, es decir, el sentido religioso auténtico y vivo!

Por otra parte, *de hecho*, la historia, querámoslo o no, con nuestra ira o con nuestra paz, está atravesada por el anuncio del Dios que se ha hecho hombre.

## Capítulo segundo

### PRIMERA PREMISA: CÓMO ALCANZAR HOY CERTEZA SOBRE EL HECHO DE CRISTO

Siguiendo mi preocupación metodológica constante, debo en este punto formular dos premisas que, en cuanto tales, tienen todavía una función de acercamiento al problema que vamos a tratar. Cada una de estas premisas responde a una pregunta fundamental.

La primera ha quedado ya expuesta en las reflexiones introductorias, aunque es necesario detallarla todavía más para encontrar su respuesta adecuada: «¿Cómo es posible, *boy*, llegar a una valoración objetiva sobre Cristo que responda a la importancia de la adhesión que pretende?». Lo que equivale a decir: «¿Qué *método* me da la posibilidad de ser razonable en mi adhesión a la propuesta cristiana?».

En la respuesta a esta pregunta la cultura se divide y se pone de manifiesto la actitud del hombre para con la realidad en su totalidad. Como dice el anciano Simeón cuando recibió a María y José al llevar el niño al templo: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para señal de contradicción [...] a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones»<sup>1</sup>. Ante él están destinados a salir a flote los movimientos más íntimos del alma, la urdimbre moral más profunda.

Tres son las actitudes de las que brotan tres respuestas distintas. Quisiera insistir de pasada en que cuando hablo de «tres

---

<sup>1</sup> Lc 2,34-35.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

actitudes culturales» en el contexto de nuestro razonamiento, no me refiero sin más al desarrollo de tres capítulos de la historia cultural de occidente, sino al descubrimiento de los pliegues ocultos que ha asumido la historia de la conciencia del hombre frente al problema que estamos tratando, lo que en definitiva significa también indicar tres modalidades, que pueden ser las nuestras, no tanto y no sólo de abordar la Sagrada Escritura sino también de afrontar las circunstancias más variadas de nuestra vida, ¡desde un encuentro deseado a la admiración de un cielo estrellado!

En realidad, la actitud cultural, en su valencia radical de visión de uno mismo y del mundo, afecta a la forma de relacionarse con todo. Y cada error en este ámbito es la fórmula de alguna tentación que tenemos todos.

### *1. Un hecho del pasado*

La primera actitud de las tres aludidas puede sintetizarse así: Jesucristo es un hecho del pasado, igual que lo fueron Napoleón y Julio César. Según esto, ¿cómo puede un hombre razonable acercarse a la existencia de Napoleón o Julio César de modo que le permita tener un juicio sobre ellos? Para encontrar solución la razón del hombre se siente impelida, en primer lugar, a recoger todos los datos posibles que provengan del pasado, los documentos, las «fuentes». Luego, para clasificar y valorar dichas fuentes, tendrá presente también, si no ante todo, el desarrollo del hecho que está examinando, es decir, lo que haya quedado de él en la historia, puesto que también ese elemento forma parte del conjunto de documentación que servirá para formular el juicio. Se recoge todo, se compara y valora, y se llega finalmente a un cierto juicio que será cierto sobre algunos factores e incierto sobre otros.

Este es el método normal de la razón aplicada a un hecho del pasado, es decir, de la «razón histórica». Es un planteamiento al que, a primera vista, no hay nada que objetar. Yo mismo recuerdo que mi primer año de estudio de teología estuvo basado en este tipo de planteamientos.

## Por qué la Iglesia

Pasemos a constatar los efectos que produce este planteamiento cuando se aplica al hecho de Cristo.

Los resultados de este método en orden a conseguir mayor seguridad acerca de si se debe o no atender a la pretensión de Cristo suscitan un primer nivel de perplejidad. El dato real que aflora al inventariar los estudios llevados a cabo es que nos encontramos ante cientos de interpretaciones distintas. El antiguo proverbio latino *tot capita, tot sententiae* parece cumplirse aquí.

Un joven y gran teólogo alemán de principios del siglo pasado intentó hacer un balance de toda la literatura científica aparecida durante dos siglos y medio concerniente a la figura de Cristo y en 1906 publicó un libro que estaba destinado a ser famoso con el título *Historia de la investigación sobre la vida de Jesús*. Tenía 20 años cuando lo leí por primera vez y recuerdo todavía la sensación dramática que me invadió cuando, una vez acabado el análisis de los distintos autores, llegué al epílogo de este gran estudio. El autor venía a distinguir finalmente dos tendencias.

Para una parte de los autores estudiados por el teólogo, las fuentes existentes no son suficientes para darnos una imagen cierta de la figura de Jesús. Por eso, Cristo permanecía para nosotros siendo un gran *desconocido*.

Esta conclusión lleva necesariamente a pensar en Pablo cuando, en el Areópago de Atenas, alabó a los atenienses porque honraban a sus dioses —con la intención de alabar el sentido religioso que se manifestaba en su politeísmo y demostrando así una amplitud de miras que hoy todavía falta a quienes no están en paz con su cristianismo—; pero, tras esa alabanza, añadió: «Al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: Al Dios desconocido. Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar»<sup>2</sup>. Así se presentó san Pablo al pueblo ateniense para revelar cómo se había dado a conocer ese dios desconocido: ¡después de siglos de estudio, ese Dios habría vuelto a ser *terra incognita*!

---

<sup>2</sup> Hch 17,23.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

La otra tendencia que aparecía tras el importante estudio del joven teólogo alemán es la tendencia apocalíptica o escatológica. Es decir: Jesús habría sido uno de los muchos que esperaban en aquella época como algo inminente el fin del mundo, y en ese sentido habría concebido el significado mismo de su existencia. Por eso la figura de Cristo nos resultaría a los hombres de hoy tan *rara* y extraña.

En conclusión, este gran teólogo —que era también un magnífico músico—, ya que su razón no podía llevarle más que al «extravío» en relación con la figura histórica de Jesús y puesto que sentía la vitalidad del Jesús que le había sido anunciado, abandonó la teología y se marchó a África a tratar de seguir a Jesús curando como médico a los enfermos. Se llamaba Albert Schweitzer<sup>3</sup> y fundó un hospital en Lambaréné donde acabó su vida dedicándose a los necesitados. Como buen protestante superó la frágil incapacidad de la razón teórica con la razón del corazón. Su diagnóstico juvenil sigue siendo en todo caso muy agudo, ya que todos los trabajos exegéticos posteriores, desarrollados incluso con métodos más sagaces y ayudados por los nuevos descubrimientos, han seguido llegando de una u otra manera a alguna de las dos tendencias que él señaló. Fue, por tanto, genial, pues puso de relieve la frontera inevitable o la imposibilidad de alcanzar una solución que provocaría la aplicación de este método<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> A. Schweitzer, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, J. C. B. Mohr, Tubinga 1906. En el presente libro se cita por la edición italiana *Storia della ricerca sulla vita di Gesù*, Paideia Editrice, Brescia 1986.

<sup>4</sup> A propósito de esto, en la «Conclusión» de su obra, ya observaba Schweitzer: «En la investigación sobre la vida de Jesús ha ocurrido algo sorprendente. Esa investigación arrancó con el propósito de encontrar al Jesús histórico, considerando que luego podría reinsertarlo en nuestro tiempo tal cual como Maestro y Redentor. Desató los lazos con los que desde hacía siglos estaba atado a la roca de la doctrina eclesiástica, alegrándose de ver devuelta vida y movimiento a su figura y de recuperar al hombre histórico Jesús. Pero Jesús no se quedó quieto, pasó por encima de nuestro tiempo, lo ignoró y volvió al suyo. Lo que escandalizó y asustó a la teología de los últimos decenios fue precisamente darse cuenta de que todas sus técnicas interpretativas y todas sus manipulaciones no eran capaces de retenerlo en nuestro tiempo, sino que debían dejarlo volver al suyo. Y él retornó a su tiempo por la misma ley que obliga al péndulo liberado a moverse para volver a ocupar su posición original» (A. Schweitzer, *Storia della ricerca sulla vita di Gesù*, op. cit., pp. 744-745).

## Por qué la Iglesia

A esta primera actitud la denominamos *actitud racionalista*.

Quiero recordar que el racionalismo como postura mental nace de ese concepto según el cual la razón es la medida de todas las cosas. Si la razón es la medida de las cosas, entonces la consistencia de las cosas es la que otorga la razón. Semejante actitud implica, pues, la proyección sobre lo real de las dimensiones previamente fijadas y reconocidas por la razón. Por definición apriorística, todo lo que pretende superar esas medidas *no existe*.

Esta postura contradice sobre todo la ley suprema del realismo, por la que es el objeto el que impone el método de conocimiento<sup>5</sup>, cosa que sólo es posible si se admite una concepción de la razón como conciencia de lo real en todos sus factores.

Así, si la razón es esa conciencia de lo real, existe la posibilidad de que aparezca algo nuevo, es decir, de que descubramos la existencia de algo que no esté todavía contenido en nuestras medidas. El racionalismo es la abolición de la categoría de posibilidad: si sólo fuera posible lo que es mensurable, es decir, dominable por las medidas que ya poseemos, se vería en realidad negada la categoría de lo posible, la eventual existencia de algo cuya naturaleza rebasa los horizontes limitados a los que llega el hombre, por mucho que se puedan ensanchar.

Al emplear el método de abordar el hecho de Jesús como un mero hecho del pasado, nos encontraremos con que de hecho no podemos decir nada seguro sobre ese anuncio tan extraordinario.

Pero, desde un punto de vista ético-moral, estamos obligados a preguntarnos: si este anuncio es tan importante para el hombre, ¿cómo puede ser razonable, o sea, adecuado a la gravedad del problema, quedarse con la razón extraviada? Esto nos lleva a entender el verdadero motivo de la actitud de que estamos tratando.

En realidad la actitud racionalista *reduce el contenido del mensaje cristiano antes de haberlo tomado en consideración*. El mensaje cristiano es, con la palabra del Evangelio que utilizamos en la liturgia de Navidad: «Emmanuel», es decir, «Dios con nosotros».

---

<sup>5</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit. pp. 17-28.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

El anuncio cristiano es que Dios se ha hecho una presencia humana, carnal, dentro de la historia.

Desde hace 2000 años la historia de la humanidad trae hasta nosotros las voces de hombres, mujeres y niños —sin distinción de sexo, edad, posición social o formación cultural— que afirman como el ángel del relato de Lucas en la mañana de la resurrección: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?»<sup>6</sup>.

Algunas de estas voces, como las de los primeros mártires, nos llegan desde tiempos lejanos. Otras nos son más cercanas y contemporáneas, porque, como dice el gran convertido John Henry Newman: «El cristianismo es una realidad viviente que no envejecerá nunca. Hay quienes hablan de él como si fuese un hecho de la historia que sólo de manera indirecta tiene peso en la vida actual. [...] Ciertamente tiene sus raíces en un pasado glorioso, pero su fuerza es una fuerza presente»<sup>7</sup>. Una observación análoga hace Karl Adam: «El cristianismo, como lo demuestra su historia, es vida que brotando con ímpetu de la persona de Jesús [...] no se ciñó al círculo estrecho de los discípulos, antes bien con increíble rapidez se difundió por el mundo antiguo, engendrando nuevas civilizaciones, nuevos pueblos y nuevos hombres; y aún hoy como el primer día sigue dando muestras de su inagotable fecundidad»<sup>8</sup>.

Abordar este anuncio desde lo que hemos llamado actitud racionalista equivale a vaciar de contenido el mensaje cristiano, pues equivale a decir: para saber si en verdad Jesucristo es Dios presente entre nosotros, el método es reconducirlo a una lejanía similar a la que tenía como ser divino antes de que se hiciese hombre, reconducirlo a una ausencia fuera del presente. Se suprimen los términos del problema.

El anuncio cristiano nos dice que Dios se ha hecho presente en la historia: «Dios con nosotros». Para saber si esto es verdad, la actitud racionalista replantea la cuestión en los términos ante-

<sup>6</sup> Lc 24,5.

<sup>7</sup> J. H. Newman, *Grammatica dell'assenso*, Jaca Book-Morcelliana, Milán-Brescia 1980, p. 302 (trad. cast.: Herder, Barcelona 1960).

<sup>8</sup> Karl Adam, *La esencia del catolicismo*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1955, p. 76.

## Por qué la Iglesia

riores al anuncio mismo, reformula el problema tal como lo había formulado el esfuerzo religioso del hombre en su intento de trazar un puente entre la contingencia humana y el misterio<sup>9</sup>. ¡Si Cristo está a 2000 años de distancia, tratemos con todos los medios de la investigación científica de superar esa lejanía! Así, mientras el anuncio cristiano dice: «Dios se ha hecho *presencia*», la actitud racionalista trabaja sobre la hipótesis de su ausencia.

De la actitud racionalista, tal como la hemos descrito, podemos participar cualquiera de nosotros. Pues tiende a dirigir la mente fácilmente hacia un tipo de concepción que en todo caso nos es familiar. El que Dios se haga presencia humana es para nosotros un misterio. Y así, frente al anuncio cristiano, tenemos siempre la tentación de reducir a Dios, siempre presente, a las imágenes que tenemos de presencia y de ausencia. Los hombres han hecho siempre intentos de concebir su relación con Dios y así han surgido las distintas religiones. ¿Cuál es la novedad de la revelación cristiana? Que Dios no es una lejanía a la que el hombre con su esfuerzo tenga que tratar de llegar, sino Alguien que se ha acercado en su camino al hombre y se ha hecho compañero suyo. Para juzgar si esta hipótesis es verdadera, el método racionalista la elimina, puesto que vacía su contenido específico, es decir, la naturaleza de esa presencia. Al reconducir el acontecimiento de Cristo a la lejanía y utilizar el método de considerarlo como un hecho histórico sobre el que comprobar la veracidad de su pretensión, se impide tomar en consideración en qué consiste la esencia de esa pretensión: Dios como presencia humana en el camino del hombre.

Hay que advertir con claridad que la postura racionalista intenta en verdad considerar a Cristo como hecho histórico, pero llama histórico a lo que ella misma entiende como histórico. Dado que la actitud racionalista considera a la razón como única medida de lo real, tiene que sufrir las consecuencias de este planteamiento también en lo relativo a los hechos históricos: excluye la posibilidad de que exista un hecho histórico que no tenga las características que previamente ha determinado. Aquí se ve tam-

---

<sup>9</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 40ss.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

bién cómo la actitud racionalista es en realidad contraria a la novedad, a la categoría de posibilidad. Si el hecho anunciado o descrito es un milagro, por eso mismo, la postura mental que estamos estudiando no lo considera un hecho histórico. Pero ¿es que acaso no puede ocurrir un hecho distinto de lo que nos podemos imaginar? Hay una página estupenda de la Biblia en la que Dios pone al hombre ante su desproporción radical con el potencial de posibilidad que está en el origen de las cosas, de su misma realidad y su existencia. Está en el libro de Job.

«¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra?

Indícalo si sabes la verdad.

[...]

¿Haces salir a su tiempo al Lucero del alba?

¿conduces a la Osa con sus crías?

¿Conoces las leyes de los Cielos?

¿aplicas en la tierra su fuero?

¿Levantas tu voz hasta las nubes?

La masa de las aguas ¿te obedece?

[...]

¿Sabes como hacen sus crías las rebecas?

¿has observado el parto de las ciervas?

¿has contado los meses de su gestación?

¿sabes la época de su alumbramiento?

[...]

¿Acaso por tu acuerdo el halcón emprende el vuelo,  
despliega sus alas hacia el sur?

¿Por orden tuya se remonta el águila  
y coloca su nido en las alturas?»<sup>10</sup>.

Y Job, vencido por la extensísima, casi extenuante, descripción de la potencia, de la fantasía, del cuidado amoroso hasta el detalle de Dios por sus criaturas, responderá: «Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable»<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Jb 38,4.32-34; 39,1-2.26-27.

<sup>11</sup> Jb 42,2.

## Por qué la Iglesia

Lo real no es lo que a priori definimos que debe ser real. Y si lo que tenemos que evaluar es el contenido del anuncio cristiano, lo lógico es que sea en ello en lo que nos fijemos y no en lo que pensamos de antemano que es. Luego, se podrá incluso juzgar como no veraz, pero hay que tomarlo de entrada en consideración por lo que es: Dios hecho presencia, compañía para los hombres, a los que no abandonará nunca.

Y esta afirmación es precisamente lo único que resulta interesante verificar. Es Dios, está con nosotros, está vivo: éste es el contenido del anuncio que concierne a Jesucristo; cualquier otra cosa estaría en grave contradicción con el método elegido por Dios para manifestarse al hombre. Se trata de liberarse de la idea de que un esfuerzo de identificación con el pasado o su actualización mística constituyan el camino privilegiado: un esfuerzo interpretativo de la razón o del sentimiento que en realidad Dios no puede haber exigido como camino normal para llegar a Él, ese Dios cuya pedagogía se ha mostrado tan rica en compasión hacia el hombre.

### 2. Una iluminación interior

Abordemos ahora la segunda actitud: se trata de la postura *protestante*, que es profundamente religiosa y que, como tal, percibe con claridad la distancia inmensa que hay entre el hombre y Dios: Dios, el distinto, el Otro, el Misterio. Al «porqué último» se le reconoce como mucho más grande que el hombre, por su naturaleza inimaginable para la mente humana, por ser fuente de posibilidades que la imaginación humana no puede definir<sup>12</sup>. Por eso el hombre religioso vive intensamente la categoría de lo posible. Como el ángel le dijo a María ante su turbación cuando le anunció la concepción de Jesús: «No hay nada imposible para Dios»<sup>13</sup>.

Así que esta actitud que estamos estudiando se encuentra bien dispuesta a comprender que, si para Dios todo es posible, también

<sup>12</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 203-208.

<sup>13</sup> Lc 1,37.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

será posible el contenido del gran anuncio: Dios hecho presencia; Dios convertido en contenido de una experiencia presente, pero no a través y dentro de lo humano, pues éste es indigno e incommensurable respecto a lo divino. Para ser más precisos: Dios se ha hecho presencia en la humanidad sólo en un punto: Cristo.

Pero ¿cómo puede alcanzar el hombre hoy la certeza de esta presencia? ¿Cómo verificar esta experiencia? Fatalmente, al tratarse de un misterio el hombre es impotente para ello. Es el Espíritu mismo de Dios el que ilumina el corazón y, por inspiración, hace «sentir» la verdad de la persona de Jesús. Se trata de un reconocimiento que se produce a través de una experiencia interior.

Esto es el núcleo de la actitud protestante. Al contacto con el texto que Dios quiso que el hombre realizase como memoria de sus relaciones con él, la Biblia, o al contacto con fragmentos que han surgido de una historia de fe, atraído por los acentos de una cierta tradición o de una evocación presente, el corazón del hombre se inflama y entiende lo que es justo y lo que no lo es acerca de Jesús. Así, el método protestante para acercarse al hecho lejano de Cristo —lo que el gran teólogo Karl Barth llamaba «contacto por tangencia», una entrada velocísima, no mensurable ni imaginable, de Dios en la historia del hombre sobre la tierra— consiste en una relación interior y directa con el espíritu. Es un encuentro interior.

Esta era técnicamente la experiencia de los profetas: el profeta se distinguía de los demás miembros de su pueblo precisamente porque sentía en los acontecimientos un anuncio que los demás no sentían, tenía su conciencia iluminada por el mismo Dios, que le hacía capaz de interpretar la realidad a su modo. Esta es la razón de que el protestantismo haya tenido siempre en gran estima a estas figuras del Antiguo Testamento: las ha sentido como representativas de la actitud más consonante consigo mismo. Luego veremos si lo ha hecho de verdad justificadamente.

Por lo demás, esta actitud cultural es la que resulta más fácil y aparentemente más comprensible también a los católicos. Frente a lo que no se «siente», uno se queda frío y perplejo; frente a lo que se «siente», uno se muestra seguro y confiado. Si se asume esto como criterio cada cual es juez de sí mismo y cada cual es profeta de sí mismo.

## Por qué la Iglesia

Por eso, si bien desde cierto punto de vista la actitud protestante es lo más opuesto a la actitud racionalista —ya que es religiosa en grado sumo al estar dominada por el Ser como algo que escapa completamente a cualquier medida humana y para el que todo es posible—, desde otra perspectiva existe el peligro de que se produzca cierta identidad entre las dos actitudes (no en vano, dentro del cristianismo, el racionalismo se ha extendido por el ámbito protestante). En efecto, tienen un denominador común, que es su subjetivismo de fondo.

El subjetivismo protestante provoca enseguida dos interrogantes. Ante todo, ¿cómo se puede distinguir si lo que el hombre «siente» es resultado del influjo del Espíritu o es una idealización de sus pensamientos? ¿Cómo puede liberarse esta metodología de la ambigüedad? Volvamos al ejemplo de los profetas de Israel. Debemos recordar que los profetas de Israel tenían un gran instrumento para ponerse a cubierto de este peligro de subjetivismo. El profeta era suscitado para el pueblo y era precisamente su relación con el pueblo lo que ponía a prueba su palabra; el tiempo y la historia del pueblo servían para verificar su palabra. El desafío del profeta al pueblo se lanza en el tiempo: el tiempo me dará la razón, dice el profeta. Así el profeta, en el sentido real del término, tiene una prueba objetiva de su veracidad: el pueblo y el tiempo, la historia del pueblo. Pero en una situación en la que cada uno fuese profeta de sí mismo, ¿cómo distinguir una iluminación del Espíritu de la formulación de un concepto propio, una experiencia determinada desde lo Alto de la expresión de un parecer particular o la experiencia de Dios en mí de la pretensión de una pasión mía?

El segundo interrogante se parece a la primera observación que hicimos en relación con la actitud racionalista: de hecho la actitud protestante da lugar también a una infinidad de interpretaciones y soluciones distintas, a una inevitable confusión de teorías. ¿Cómo es posible que el mismo Espíritu, al querer entrar en contacto con el hombre para ayudarlo, haya decidido utilizar un método multiplicador de la confusión, método que por desgracia el hombre ya era perfectamente capaz de utilizar por sí solo?

Pero, en realidad, la objeción de fondo no es ésta: el Señor habría podido utilizar como instrumento para hacer comprender

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

su anuncio una pura relación individual con el espíritu humano. A priori no se podría decir sí o no ante semejante eventualidad.

La verdadera objeción es que esta actitud no respeta los datos del anuncio cristiano, sus connotaciones originales: un ser divino que se hizo hombre, un hombre que comía, bebía, dormía y al que se podía uno encontrar por la calle. Alguien a quien se podía uno encontrar al salir de casa hablando en medio de un grupo de hombres, y cuyas palabras llegaban al alma. Sus palabras cambiaban por dentro, pero venían de fuera.

Es decir: el anuncio cristiano es un hecho *íntegramente* humano, con todos los factores de la realidad humana, que son interiores y exteriores, subjetivos y objetivos. La actitud protestante anula esta integridad y reduce la experiencia cristiana a una experiencia *meramente interior*. Es un apriorismo injustificado, al que no tiene derecho.

### 3. La perspectiva ortodoxo-católica

La tercera actitud que vamos a tomar en consideración acerca del modo más adecuado, es decir, más razonable de llegar a tener certeza sobre el anuncio de Jesucristo, es la actitud característica de la tradición cristiana. La he llamado ortodoxo-católica porque tanto la ortodoxia como el catolicismo mantienen la misma concepción. Es la actitud que sostiene toda la tradición. Todas las demás posturas han tenido que oponerse en un cierto punto de su recorrido a la tradición consolidada desde antiguo. La actitud ortodoxo-católica tiene una característica coherencia con la estructura del acontecimiento cristiano tal como apareció en la historia.

Y ¿cómo apareció en la historia? Apareció como una noticia, como el anuncio de la venida de Dios, de que el Misterio se ha hecho «carne», adquiriendo una presencia integralmente humana. Exactamente igual que un amigo resulta una presencia íntegramente humana para el que se lo encuentra por la calle, igual que la madre es una presencia íntegramente humana para el hijo que convive con ella. Con Jesús se podía hablar y discutir, le podían rechazar o estar de acuerdo con lo que iba diciendo por las pla-

## Por qué la Iglesia

zas, y él podía responder y corregir: había una realidad objetiva, que educaba la subjetividad del hombre.

Una presencia integralmente humana lleva consigo, para conocerla, el método del *encuentro*, el toparse con una realidad exterior a uno mismo, con una presencia objetiva y, por tanto, eminentemente encontrable, que llega al corazón pero que se encuentra «fuera» de nosotros: por eso el término «encuentro» tiene un aspecto exterior tan decisivo como el interior.

Esto es lo que les sucedió a quienes llegaron a conocerle. Pero ¿y ahora, después de dos mil años? ¿Cómo puede encontrarse con esta presencia integralmente humana el hombre de 2000 años después?

Vayamos al capítulo diez del relato evangélico de Lucas. Muchos deseaban ver a Jesús, ser curados por él, conocerle, pero Él no podía ir a todas partes. Y entonces empieza a enviar a los pueblos a donde Él no podía llegar a aquellos que le seguían más de cerca, primero a los doce que había elegido y después a unos setenta discípulos. Los enviaba de dos en dos para que hablaran a la gente de lo que había sucedido con Él. Y los discípulos volvían llenos de entusiasmo porque la gente les escuchaba, ocurrían milagros y las personas creían y cambiaban. Pero, entonces, en el primer pueblo al que llegaron los dos primeros enviados por Jesús, para quienes les escucharan y acogieran, ¿qué rostro tenía el Dios hecho presencia humana? ¿Qué aspecto mostraba? Tenía el rostro y el aspecto de esos dos. Pues Jesús, en efecto, les había dicho al instruirlos en el momento de partir: «Quien a vosotros oye a mí me oye»<sup>14</sup>.

Por tanto, incluso cuando Jesús estaba en plena actividad terrena, el acontecimiento cristiano asumía una forma que no se identificaba sólo con la fisonomía física de su persona sino también con la fisonomía de la presencia de los que creían en él, hasta el punto de que eran enviados por él a llevar sus palabras y su mensaje, a repetir sus gestos portentosos, es decir, a llevar la salvación que era *Su* persona. La actitud que hemos llamado ortodoxo-católica propone dicha actitud como método para

---

<sup>14</sup> Lc 10,16.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

alcanzar a Jesús también ahora, afirmando que se puede constatar si su gran pretensión es real, si es Dios o no, si es verdadero o no el anuncio cristiano. El método consiste en meterse en una realidad formada por los que creen en Él. Porque la presencia de Cristo en la historia, su misma fisonomía, perdura visiblemente como forma encontrable en la unidad de los creyentes.

Históricamente hablando esta realidad se llama «Iglesia», sociológicamente hablando «pueblo de Dios», ontológicamente hablando, es decir, en el sentido profundo del término, «Cuerpo misterioso de Cristo».

La energía con la que Cristo está destinado a poseer toda la historia y todo el mundo —el Padre ha puesto en sus manos todas las cosas—, la energía con la que está destinado a ser el Señor del mundo y de la historia, es una energía por la cual Él hace suyas, en un sentido ontológico que nosotros no podemos experimentar directamente, a las personas que el Padre le entrega, a cada persona a la que el Espíritu concede la fe en Él. Esa energía aferra al creyente de tal modo que lo asimila como parte del misterio de Su misma persona. San Pablo intuyó esto cuando, al caer derribado del caballo, oyó aquella voz que le decía: «Saulo, Saulo ¿por qué *me* persigues?»<sup>15</sup>. ¡Y no había conocido a Cristo! ¡Sólo perseguía a gente que creía en Él! Pablo dará forma y claridad a esta intuición cuando más tarde llegue a decir que nuestra unidad con Cristo nos hace miembros de un mismo cuerpo: «Nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo»<sup>16</sup>. Y de una manera tan real que nos convertimos en miembros los unos de los otros<sup>17</sup>.

La imagen evangélica para expresar la misma realidad es ésa tan mediterránea de la vid: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí y yo en él, da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer»<sup>18</sup>.

Y san Juan, cuando dice en su primera carta: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con

<sup>15</sup> Hch 9,4.

<sup>16</sup> 1 Cor 10,17.

<sup>17</sup> Cf. Ef 4,25.

<sup>18</sup> Jn 15,5.

## Por qué la Iglesia

nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida —pues la Vida se manifestó, nosotros la hemos visto y damos testimonio, y os anunciamos la Vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó— lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros»<sup>19</sup>, está pronunciando la más bella expresión del método del anuncio cristiano: la verdad hecha carne, un Dios hecho presencia que después de 70, 100 o 2000 años llega también a ti a través de una realidad que se ve, se toca y se siente. Es la compañía de los creyentes en Él.

A veces estas formulaciones se repiten en ambientes cristianos como si fuesen metáforas incapaces de suscitar interés en el corazón y la imaginación, que no pueden condensarse en toda la expresividad que tiene un hecho humano, expresividad que el mismo término «palabra» encierra, por lo demás, si no se utiliza con la reducción abstracta característica de la intelectualidad occidental. La «palabra» es alguien que se expresa, que se comunica a sí mismo.

Esta es, en síntesis, la exposición de la concepción con la que toda la tradición cristiana, mantenida en la ortodoxia y en el catolicismo, define la forma en la que se sigue realizando el acontecimiento cristiano, es decir, cómo permanece en la historia. Al encontrar la unidad de los creyentes nos topamos literalmente con Cristo; al encontrarnos, pues, con la Iglesia, en la manifestación de ella que fija el Espíritu. Porque, para encontrarme con la Iglesia debo encontrarme con hombres, en un ámbito concreto. No es posible encontrarse con la Iglesia universal en su totalidad, es una imagen abstracta: uno se encuentra con la Iglesia en su manifestación local y en su ámbito concreto. Y uno se la encuentra precisamente como posibilidad de adoptar una seriedad crítica, de modo que la eventual adhesión a ella —decisión grave, puesto que de ella depende todo el significado de la existencia— pueda ser totalmente razonable.

Es innegable, por una parte, que esta modalidad desafía a nuestra razón del mismo modo que el hombre Cristo desafió a la razón de los fariseos: es el misterio de Dios el que está presente. Por otra

---

<sup>19</sup> 1 Jn 1,1-3.

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

parte, es innegable también que metodológicamente nos encontramos con la misma dinámica que se produjo hace dos mil años.

La actitud ortodoxo-católica concibe el anuncio cristiano como invitación a participar en una experiencia presente integralmente humana, a tener un encuentro objetivo con una realidad humana objetiva, profundamente significativa para la interioridad del hombre, que provoca el sentido y un cambio de la vida, esto es, que irrumpe en el sujeto de forma coherente con el ejemplo original. También hace dos mil años el acontecimiento cristiano consistía en toparse con una realidad objetiva: un hombre al que se podía escuchar, mirar, tocar con la mano, pero que irrumpía en el sujeto provocando profundamente en él una experiencia nueva, una novedad de vida.

Las modalidades fenoménicas de tal encuentro obviamente evolucionan con el tiempo, al igual que el adulto ha evolucionado con respecto a su realidad de niño, aunque la estructura del fenómeno siga siendo la misma. Más en concreto, la realidad de Cristo se hace presente, permitiendo un encuentro existencial en todos los tiempos, a través del caso humano particular que Él escoge y que fluye inexorablemente en la historia a partir de Él, como experiencia sensible de su realidad divina.

«Para nosotros los católicos —sin rubor lo confesamos, y aun con cierto orgullo— el catolicismo no se puede identificar sin más y en todos sus aspectos con el cristianismo primitivo, y menos aún con el mensaje de Jesucristo; como no cabe identificar el roble secular con la bellota de donde tomó principio. El catolicismo conserva su fisonomía esencial, mas no de manera mecánica, sino orgánica [...] El anuncio de Jesucristo no sería un mensaje viviente si hubiera persistido eternamente como la semilla del año treinta, sin echar raíces ni asimilar sustancias extrañas, y si con ayuda de éstas no se hubiera transformado en árbol frondoso, en cuyas ramas hacen mansión las aves del cielo»<sup>20</sup>. Por eso,

---

<sup>20</sup> K. Adam, *La esencia del catolicismo*, op. cit., p. 4. Recordemos a propósito de esto las palabras de Henri de Lubac: «Dios actúa en la historia, Dios se revela por medio de la historia. Más aún, Dios se introduce en la historia, confiriéndole así una 'consagración religiosa' que obliga a tomarla en serio». Y también: «Desde la creación primera hasta la consumación final, a través de las

## Por qué la Iglesia

la analogía o la coherencia con el dinamismo original del hecho cristiano resultan innegables en esta tercera actitud que hemos descrito, mientras que quedan considerablemente reducidas en la primera y la segunda.

### *4. Una visión que valora a las otras*

Para concluir con esta primera premisa, quiero subrayar que las dos primeras actitudes estudiadas acentúan desde luego ciertos valores, pero que tales valores están reconocidos e integrados en la tercera actitud que hemos señalado.

1) Esta, en efecto, no sólo no elimina ni censura la investigación histórica, sino que dota a la persona de la posibilidad de utilizar esa investigación de una manera más adecuada. Las fuentes históricas son palabras que expresan y documentan un tipo de experiencia del pasado. Es necesario poseer «hoy» el espíritu y la conciencia propios de la misma experiencia que hace dos mil años dictó los evangelios. Sólo así se podrá captar el verdadero mensaje de estos textos.

Imaginemos que un italiano trabee relaciones con una japonesa durante una estancia en los EE.UU. y que después de un año tengan que separarse porque la muchacha tiene que volver a Japón. Supongamos que ella sea una entusiasta de las tradiciones de su tierra y que las viva con talante poético. Durante la separación se intercambian cartas, y las de la muchacha tienen un lenguaje lleno de referencias y de imágenes que suenan extrañas a la mentalidad occidental. Pero el muchacho, durante el período de relaciones, cuando estaban juntos, se había adaptado a su mentalidad y había sintonizado con su mundo espiritual, afectivo, mental e imaginativo. Supongamos que una de estas cartas cae por casualidad en

---

resistencias de la materia y las más poderosas de la libertad creada, se cumple un mismo designio divino que pasa por una serie de etapas, la principal de ellas señalada por la Encarnación. En estrecha conexión, pues, con su carácter social, aparece otro carácter de nuestro dogma, igualmente esencial: su carácter histórico» (H. de Lubac, *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Ed. Encuentro, Madrid 1988, pp. 117; 99-100).

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

manos de la madre italiana. Ella queda totalmente desconcertada por ese lenguaje y le entra preocupación por su hijo, porque esas palabras le suenan como algo propio de una mente un tanto desequilibrada. El hijo, con paciencia, trata de explicarle a su madre que lo que a ella le parece tan desconcertante es el fruto de una lógica distinta, de una estructura imaginaria distinta de aquella a la que los occidentales estamos acostumbrados. Pero su madre no acaba de entenderle. Preguntémonos: ¿cuál es más objetiva, la lectura del hijo o la de la madre? Desde el punto de vista del impacto materialmente literal parecía más objetiva la lectura de la madre; en cambio, desde el punto de vista de la comprensión de los contenidos expresados en esas cartas, es evidente que es mucho más objetiva la del hijo, más aún, es la única objetiva. Porque la palabra expresa un espíritu, expresa un tipo de conciencia, y por eso el muchacho, que se había familiarizado con el espíritu y el temperamento de su amiga, es quien está en condiciones de comprender de verdad sus modos de expresión.

Entonces ¿cómo se llega a poseer la experiencia que dictan unas palabras? Para llegar a ello hace falta un encuentro, *algo presente*, hace falta conocer esa experiencia hoy.

Sólo cuando se participa en la experiencia que ha dictado unos documentos o una determinada expresión literaria pueden éstos ser comprendidos con la penetración capaz de desvelar su sentido objetivo, y se nos posibilita percibir la unidad que subyace a todos ellos y que se expresa coherentemente en todo. Este es el gran alivio que produce la lectura católica de la Biblia y de los documentos de los primeros tiempos del cristianismo: con ella se evita la confusión indescriptible de interpretaciones que conllevan otras actitudes, los «si» y los «pero» que condicionan cualquier otro intento de lectura desaparecen, pero, sobre todo, emerge de esa lectura una interpretación total, en la que nada se descuida, con una perspectiva abarcadora y exhaustiva.

Lo menos que se puede afirmar es que, metidos en el contexto de todas las hipótesis posibles, no se puede eludir el carácter razonable de la interpretación católica, que resalta sobre todo, la integridad y la sencillez de su lectura de lo sucedido.

La objetividad del conocimiento histórico, que es el valor que se quería afirmar en la actitud racionalista, se salva precisamente

## Por qué la Iglesia

si yo participo hoy en la experiencia que dictó esos documentos históricos. Y hay sólo una hipótesis para ello: que esa experiencia siga presente, que tenga lugar actualmente. Esto es la Iglesia, la unidad de los creyentes en ella.

Esta observación es válida en todo caso, para cualquier documento. Hace falta tener humanidad para captar la experiencia humana que se ha traducido en la *Ilíada* y la *Odisea*; se necesita humanidad para captar lo humano que se nos transmite en la *Divina Comedia*; tiene que haber humanidad en mí para que yo entienda la humanidad que se expresa en los *Cantos* de Leopardi. Quien está seco, quien no tiene su humanidad educada, no entiende. Para poder acceder a cualquier hecho literario o histórico e indagar acerca de él el problema es activar la raíz humana que hay en nosotros, que se desarrolla y afirma en la experiencia presente, y que es sustancialmente la misma que dio origen a esos determinados acontecimientos y páginas.

Ahora bien, si lo sucedido es algo divino, si las páginas que consideramos quieren describirnos precisamente una realidad divina, la observación de método sigue valiendo, y entonces, evidentemente, la única hipótesis para investigar de manera verdaderamente adecuada será el poder participar hoy en la presencia de ese mismo hecho divino.

2) Examinemos ahora el valor que acentúa la actitud protestante. El valor que se subraya en ella es que lo absoluto, independientemente de las desviaciones humanas, puede mostrarse directamente a sus criaturas: es la experiencia mística.

Ahora bien, el impulso de admiración y de contemplación que el hombre experimenta respecto de la mujer que ama, ¿es más potente cuando se la imagina o cuando la tiene ante sí? ¿Es mil veces más potente el sentido místico de contemplación, llamémosle así, en presencia del objeto del amor, que cuando depende del sentimiento en la lejanía, por intenso que éste sea! Esta es la razón de que haya habido tantos místicos católicos, y justamente los más grandes! Es mucho más fuerte el amor cuando su objeto está determinado por su presencia que cuando está determinado imaginativamente por la proyección de un sentimiento necesariamente más vago. Precisamente la relación entre el creyente y la unidad de los cristianos en torno a la autoridad no

Primera premisa: cómo alcanzar hoy certeza sobre el hecho de Cristo

oscurece, sino que asegura, precisa y exalta el nexo profético y místico entre la persona y el Espíritu de Cristo que el protestantismo destaca.

Si lo divino puede encontrarse existencialmente, en una particular experiencia integralmente humana, la convivencia con ese encuentro reforzará necesariamente la evidencia resolutive y la convicción racional. La evidencia es el modo fundamental de conocer que tiene el hombre y la convicción se desarrolla con la familiaridad de la mirada. Dios ha valorado nuestro dinamismo natural. Lo divino se comunica en el cristianismo dentro de una experiencia personal, y la actitud protestante siente genialmente la novedad del cristianismo como inspiración. Pero lo que difícilmente puede brotar de esa actitud es esa familiaridad más íntima, más concreta y respetuosa —como la de los hijos con su madre—, y al mismo tiempo esa racionalidad bien fundada que derivan, ambas, de una pertenencia experimentada y vivida. La idea judía de «cuerpo» aclara este concepto. En las lenguas semíticas, «cuerpo» tiene un significado más extenso e indica también lo que produce el hombre, el conjunto de expresiones sensibles de mi yo. El hijo es cuerpo del padre y de la madre, y la obra de un artista forma cuerpo con él y con su personalidad. Análogamente Cristo, como ya hemos indicado, envuelve tan profundamente al hombre que éste se hace parte de Él, forma cuerpo con Él. Y de ello nace una experiencia a la que la imagen del cuerpo, aun entendida en la amplia acepción citada, alude sólo pálidamente, pero de la que ofrecen atisbo las experiencias humanas más intensas, como la artística y la afectiva. En estas experiencias se pueden reconocer presentimientos de esa experiencia de unidad concreta, o más que concreta, que hay entre Cristo y los «suyos», unidad que rebasa los límites de nuestra naturaleza aunque esté inscrita en ella. Insistiendo en la analogía, en la experiencia amorosa, por ejemplo, cuando es clara y potente, la unidad que se vive incluye el presentimiento profético de una unidad no imaginable por ahora. Es la aventura, oscura pero espléndida, como en el arte, hacia una realidad más grande, que nos supera.

Quisiera concluir advirtiéndolo que las observaciones hechas acerca de las tres distintas actitudes que hemos descrito, constituyen, desde el punto de vista espiritual y desde el punto de vista

## Por qué la Iglesia

intelectual, claves decisivas para abordar el problema cristiano. En efecto, la postura incluso práctica que se adopta tan a menudo ante este problema depende del hecho de que se nos imparte un tipo de educación que no se basa claramente en la tercera actitud, sino en una heterogeneidad y confusión de referencias.